

## AMOR DISTANTE

La conocí en Islandia cuando fui a dar un curso de lenguas extranjeras. Ella estaba interesada en el Español. Jamás pensé conocer un lugar prácticamente sin árboles, sin plantas, sin flores. Todo en él es piedra y lava además de nieve. Rejna, como todos los habitantes tenía los ojos claros, no claros como los que conocemos en nuestro país. No, allá casi son transparentes, sin color, como agua clara. Su cabello dorado. Su piel blanca, también casi transparente. Varias veces le pregunté que cómo podía vivir en un lugar así, tan frío, tan inhóspito. Ella me contestó que ahí vivía su familia, que ahí estudiaba y que ahí se iba a morir de tristeza, imagínate, me dijo, durante meses nunca vemos el sol. Y no me lo pude imaginar. Si en mi país un día de nubes se nos hace eterno y triste qué será no ver al astro rey durante semanas y semanas. Qué no diera yo por irme, continuó la mujer, pero aquí no viene nadie de fuera. Me casaré con un pescador o un minero, no tengo otro futuro.

Y cómo no iba a tenerlo si yo me enamoré desde el primer día de ella. Nunca había visto una belleza como la suya. Al tercer día le declaré mi amor. Ella rió fuerte. Me dijo que no le gustaban las bromas. A los diez días le mandé un escrito donde le decía por qué estaba enamorado de ella, ya que no era sólo su bellaza lo que me había cautivado, también su dulzura, su sentido del humor, su deseo de conocer el mundo, su fragilidad, su...En fin, todo ella. Ahora sí tomó en serio mi solicitud. Me pidió que lo meditara mucho pues era una decisión fuerte, que yo no conocía ni sus costumbres, ni su lengua ni nada de ella. Que podía ser un ser horrible como un ser humano. Yo me reí y seguí pidiendo fecha para iniciar el noviazgo.

Cuando menos me di cuenta ya estaba casado y de viaje hacia mi patria. Día a día aumentaba mi dicha al entenderme en todo con ella: nos entendimos físicamente, nos entendimos en nuestros gustos y prácticamente en todo. Lo único diferente es que ella no quería tener hijos, por lo menos en un buen tiempo, y yo sí, pero de eso ya la convencería.

Mi país la deslumbró literalmente, nunca había visto tanta luz. Tuve que comprarle varios pares de lentes oscuros. Todo le gustó: la gente, la comida, los colores, las flores y las plantas. Pronto aprendió a cantar nuestras canciones y así alegraba con música todo mi día.

Jamás, me dijo, pensé que el mar tuviera estos colores ni que el sol pudiera quemar tanto. Fue la primera vez que la llevé de vacaciones. Ella no se tostó como las nativas, ella se puso roja como camarón. Eso la hacía y me hacía reír mucho.

Mucho de mi éxito se lo debo a ella. Las reuniones en nuestra casa se hicieron famosas por su hospitalidad, por sus platillos y, tengo que reconocerlo, por su belleza. Todos querían estar cerca de ella. Llegaron hasta ofrecerle papeles para películas y programas de televisión. Ella sonreía a todo y daba las gracias.

En el sexto año de nuestro matrimonio se inicio en ella el mal que iba a destruir todo lo nuestro: su nostalgia. Nostalgia de su país, de sus cosas. Pensé que era algo pasajero y trate de paliarlo con paseos, con regalos, con mi amor. Nada sirvió. Primero mandó poner cortinas gruesas a toda la casa para que no entrara el sol. Afuera era todo luz, adentro oscuridad. Dejó de comer lo nuestro y empezó a comprar arenques y ese tipo de alimentos. También dejó de cantar. La tristeza lo invadió todo. Le ofrecí un viaje a Reykiavik. Lo rechazó. Dijo, y quizás con razón, que visitar su tierra la iba a hacer sufrir más pues sabía que tendría que regresar conmigo y dejarla.

Poco a poco fue dejando el color de su piel que había adquirido para volver a ser blanca como cuando la conocí. Dejó de hablar mi idioma. La comunicación entre los dos era cada vez más difícil. Empezó el llanto, un llanto silencioso eterno. La hice visitar por médicos, por psiquiatras, por gente que la quería.

Con todo el dolor de mi corazón tuve que aceptar que se regresara a vivir a su patria. Por primera vez sonrió después de meses de no hacerlo. Juró que cuando se curara vendría nuevamente. Si tú no regresas, le dije, yo me iré a vivir allá. No lo soportarías, me contestó. Se fue.

Te amo mucho me decía cada vez que hablábamos por teléfono. No me sirve de nada tu amor si estás tan lejos, te necesito, regresa, rogaba yo.

Me avisaron de su gravedad por medio de un mail que llegó a mi oficina. Rejna tenía una pulmonía y poca posibilidad de vivir. Cuando llegué ella ya había muerto. En su ataúd se veía más hermosa que nunca. Supe después que el médico dijo que la causa de su muerte fue la nostalgia. La verdad que me indigné con este diagnóstico. Me separé de ella para que se curara, regresó a su tierra, no podía tener eso. Digan cualquier otra cosa pero no que murió de ese mal. El médico me confirmó que murió de esa pena. ¿Cómo puede ser posible?, pregunté en medio de mi llanto. Rejna, me explicó, empezó con nostalgia del país de usted. Extrañaba el sol, la música, las canciones, el cielo azul, las playas. Un día se puso su traje de baño y así fue a colocarse frente al mar. Era un mar lleno de hielos, la temperatura ambiente era de menos ocho grados. Permaneció horas viendo fijamente el horizonte. Ahí enfermó. No se pudo hacer nada.

Ahora yo tengo nostalgia de ella. Tengo que morir para estar cerca de mi amor.

Tomás Urtusástegui

Dic 2008